

IV

APARICIÓN Á MARIO

Algunos días después de esta visita de un «espíritu» al señor Mabeuf, una mañana—era lunes el día en que Mario pedía á Courfeyrac la moneda de cien sueldos para Thenardier,—Mario había metido esta moneda en el bolsillo, y antes de llevársela al carcelero, había ido «á pasearse un poco,» esperando tener ganas de trabajar á la vuelta. Esto era lo que hacía siempre. Apenas se levantaba, se sentaba delante de un libro y una hoja de papel para concluir alguna traducción; tenía entonces que hacer la versión al francés de una célebre disputa entre alemanes, la controversia de Gans y de Savigny; cogía á Gans, cogía después á Savigny, leía cuatro líneas, trataba de escribir una y no podía; veía una estrella entre sus ojos y el papel, y se levantaba de la silla diciéndose:—Voy á salir. Esto me dará ganas de trabajar.

Y se iba al campo de la Alondra.

Allí veía más que nunca la estrella, y menos que nunca á Savigny y á Gans.

Volvía á su casa, trataba de empezar á trabajar, y no lo conseguía; no podía reanudar ni uno sólo de los hilos rotos de su cerebro: entonces decía:—Ma-

ñana no salgo, porque así no puedo trabajar. Y salía todos los días.

Vivía en el Campo de la Alondra más que en casa de Courfeyrac. Sus señas eran verdaderamente éstas: Boulevard de la Salud, séptimo árbol, pasada la calle de Croule-Barbe.

La mañana de que vamos hablando había abandonado el árbol y se había sentado en el parapeto del arroyo de los Gobelinos. Un sol alegre penetraba las frescas hojas abiertas y resplandecientes.

Pensaba en «ella», y su pensamiento, convirtiéndose en reconvención, recaía sobre él; pensaba dolorosamente en la pereza, parálisis del alma, que se apoderaba de él; y en aquella noche, cuyas tinieblas se espesaban por momentos ante su vista, hasta el punto de que ya no veía ni aún el sol.

Sin embargo, al través de este penoso desprendimiento de ideas indistintas que no eran un monólogo, porque tanto se debilitaba en él la actividad, que ya no tenía ni aún la fuerza de querer desconsolarse; al través de esta absorción melancólica, sentía las sensaciones de lo exterior. Oía detrás de sí, debajo de sí, en ambas orillas del arroyo, á las lavanderas de los Gobelinos golpear la ropa, y por cima de su cabeza cantar á los pájaros en los olmos. Por un lado el ruido de la libertad, del feliz descuido, del placer que tiene alas; por otro el ruido del trabajo. Estos dos ruidos le parecían alegres, cosa que le hacía pensar profundamente y casi reflexionar.

De repente, en medio del éxtasis que le dominaba, oyó una voz conocida que decía:

—¡Calla! ¡Ahí está!

Levantó los ojos, y conoció á aquella desgraciada niña que había ido una mañana á su casa, la hija mayor de la Thenardier, Eponina, pues ya sabía cómo se llamaba. Estaba empobrecida y hermosa—

da, dos cosas que parecía que no podían ser. Había realizado un doble progreso hacia la luz y hacia la desgracia. Llevaba los pies descalzos, é iba vestida de harapos como el día que había entrado tan resueltamente en su cuarto; solamente que sus harapos tenían dos meses más; los agujeros eran mayores y los trapajos más miserables. Tenía la misma voz ronca, la misma frente atezada y arrugada por el aire, la misma mirada libre, extraviada y vacilante. Además, tenía en la fisonomía algo de asombro y de lastimero, que añade la prisión á la miseria.

Llevaba algunos restos de paja y de heno en los cabellos, no como Ofelia por haberse vuelto loca con el contagio de la locura de Hamlet, sino porque había dormido en algún pajar.

Y con todo esto estaba hermosa. ¡Qué astro eres, juventud!

Se había parado delante de Mario con alguna expresión de alegría en su lívido rostro, y una como sonrisa.

Estuvo algunos momentos como si no pudiese hablar.

—¡Ya os encontré!—dijo por fin.—Tenía razón el señor Mabeuf, ¡en este boulevard! ¡Cuánto os he buscado! ¡Si lo supiéseis! ¿Lo sabéis? He estado en la cárcel ¡quince días! Ya me han soltado viendo que no había nada contra mí, y que además no tenía edad de discernimiento; me faltaban dos meses. ¡Oh, cómo os he buscado desde hace seis semanas! ¿Ya no vivís allá?

—No,—dijo Mario.

—¡Oh! ya comprendo. A causa de aquello. Son muy desagradables esos lances. Os habéis mudado. ¡Calla! ¿Y por qué lleváis ese sombrero tan viejo? Un joven como vos debe llevar un buen traje. ¿No lo sabéis, señor Mario? El señor Mabeuf os llama el barón



—Sé las señas.

Mario de no sé cuántos. ¿No es verdad que no sois barón? Los barones son viejos, van al Luxemburgo, delante del palacio donde hay más sol, y leen *La Quotidienne* por un sueldo. Yo estuve una vez á llevar una carta en casa de un barón así. Tenía más de cien años. Decidme, ¿dónde vivís ahora?

Mario no respondió.

—¡Ah!—continuó ella,—tenéis un agujero en la camisa. Tendré que coséroslo.

Y añadió con un acento que oscurecía poco á poco:

—Parece que no os alegráis de verme.

Mario callaba; ella guardó silencio por un momento y después exclamó:

—Y sin embargo, si quisiera, os obligaría á estar contento.

—¡Cómo!—preguntó Mario;—¿qué queréis decir?

—¡Ah! ¡Antes me llamábais de tú!

—Pues bien; ¿qué quieres decir?

Eponina se mordió el labio; parecía dudar como si fuese presa de una lucha interior; por fin, pareció decidirse.

—Tanto peor, es igual. Tenéis el aire triste, y quiero que estéis contento. Prometedme sólo que os reiréis. Quiero veros reir y deciros: Bien, así me gusta. ¡Pobre señor Mario! Ya sabéis; me habéis prometido que me daríais todo lo que yo quisiera...

—¡Sí, pero habla!...

Ella miró á Mario fijamente á los ojos, y le dijo:

—¡Sé las señas!

Mario se puso pálido. Toda su sangre refluyó al corazón.

—¿Qué señas?

—Las que me habéis mandado averiguar.

Y añadió como si hiciese un esfuerzo:

—Las señas... ya sabéis.

—¡Sí!—murmuró Mario.

—¡De la señorita!

Y así que pronunció esta palabra, suspiró profundamente.

Mario saltó del parapeto en que estaba sentado, y le cogió violentamente la mano.

—¡Oh, bien! ¡Llevadme! ¡Dimel! ¡Pideme todo lo que quieras! ¿Dónde es?

—Venid conmigo,—respondió.—No sé bien la calle ni el número; es al otro extremo, pero conozco bien la casa; voy á enseñaros.

Retiró entonces la mano, y dijo con un tono que hubiera lacerado el corazón de un observador, pero que no llamó la atención de Mario, embriagado y conmovido:

—¡Ah! ¡Qué contento estáis ahora!

Una nube pasó por la frente de Mario.

—¡Júrame una cosa!—dijo cogiendo á Eponina del brazo.

—¡Jurar!—dijo ella.—¿Qué quiere decir eso? ¡Calla! ¿Queréis que jure?

Y se echó á reir.

—¡Tu padre! ¡Prométeme, Eponina, júrame que no dirás á tu padre dónde vive!

Eponina se volvió hacia él admirada.

—¡Eponina! ¿Cómo sabéis que me llamo Eponina?

—¡Prométeme lo que te digo!

Pero ella no parecía oírle.

—¡Es muy raro esto! ¡Me habéis llamado Eponina! Mario la cogió los dos brazos á la vez.

—¡Pero, respóndeme en nombre del cielo, atiende á lo que te digo! ¡Júrame que no dirás estas señas á tu padre!

—¡Mi padre! ¡Ah, sí, mi padre! Estad tranquilo. Está incomunicado. Pero, además, ¿me cuidó yo de mi padre?

—¿Pero no me lo prometes?—exclamó Mario.

—¡Dejadme!—dijo ella echándose á reir.—¡Cómo me sacudís! Sí, sí; ¡os lo prometo! ¡os lo juro! ¡qué me importa eso! ¡No diré las señas á mi padre! ¿No es esto?

—Ni á nadie,—dijo Mario.

—Ni á nadie.

—Ahora, llévame,—dijo Mario.

—¿En seguida?

—En seguida.

—Venid. ¡Oh, qué contento está!—dijo la joven.

A los pocos pasos se detuvo.

—Me seguís muy de cerca, señor Mario. Dejadme ir delante, y seguidme como si tal cosa. No deben ver á un hombre bien portado, como vos, con una mujer como yo.

En ninguna lengua podría expresarse lo que encerraba esta palabra mujer, pronunciada por aquella niña.

Dió una docena de pasos y se detuvo otra vez; Mario la alcanzó. Ella le dirigió la palabra de lado, y sin volverse hacia él.

—A propósito: ¿recordáis que habéis prometido una cosa?

Mario registró el bolsillo. No poseía en el mundo más que los cinco francos destinados á Thenardier; los sacó y los puso en la mano de Eponina.

Ella abrió los dedos, dejó caer la moneda al suelo, y dijo mirando á Mario con aire sombrío:

—No quiero vuestro dinero.